

Mariano Latorre, Novelista Chileno Contemporáneo

III.—INFLUENCIAS

(Continúa)

PARA determinar las influencias que Latorre ha experimentado a través de su vida literaria, tenemos que atenernos a la crítica autorizada de los comentaristas chilenos. De otro modo, nuestro juicio carecería de fundamento, puesto que para emitirlo no habríamos recurrido a sus verdaderas fuentes, o sea a la lectura de las obras de todo ese conjunto de escritores extranjeros que señala la crítica. Nos hemos limitado solamente a leer a Pereda, debido a que la crítica considera a este escritor español como el que ha ejercido mayor influencia en la obra de Mariano Latorre.

Sabemos, sin embargo, que nuestro autor es un estudioso incansable y un gran lector. Ya Julia García Gámes nos dice, en su libro *Cómo los he visto yo*, que en su juventud Latorre frecuentaba con especial deleite la lectura de Daudet y de Maupassant. Vemos, pues, que en su iniciación busca como motivos de su inspiración literaria las fuentes en que han bebido los demás escritores hispanoamericanos: Francia. Pero no son los escritores franceses los que ejercen influencia marcada en Latorre. Como él mismo lo ha confesado en más de una ocasión, su admiración ha sido siempre España. Son los escritores del costumbrismo español los que imita y admira: Antonio de Trueba y José María de Pereda. Trueba es un paisajista por excelencia, un enamorado del paisaje castellano

y en opinión de Valbuena 19 "el primer descubridor consciente del paisaje de Castilla". Es probable que la lectura del escritor vasco haya hecho impresión en la sensibilidad artística de nuestro autor. Pero es de Pereda de quien Latorre se ha saturado más.

Don Domingo Amunátegui Solar en su libro *Las letras chilenas* y Raúl Silva Castro en *Retratos literarios*, señalan a Pereda como el modelo en el desenvolvimiento de la novelística de Latorre.

El regionalismo de Pereda, la veracidad de color y de ambiente de sus novelas, los motivos de inspiración del escritor español, la montaña y el mar, producen en Latorre una intensa impresión.

Como Pereda, Latorre nos proporciona el sentido del paisaje como centro de la acción en que los personajes no son más que medios subordinados al aliento poderoso del alma de la montaña. Pereda es el paisajista que evoca emocionalmente su ambiente regional. Latorre nos da también este sentido emocional del paisaje criollo, no ya circunscrito a los límites estrictos de una región determinada como en el caso de Pereda, sino tratando de ampliar este horizonte, abarcando la amplitud de todo el territorio chileno.

Quizá el sentido docente que se observa en la obra de Pereda, se encuentre también en Latorre, al proponerse éste la misión de educar el gusto hacia las cosas de la tierra. La mezcla de lo popular y vulgar en lo que se refiere al lenguaje y a la descripción de las costumbres es también otro sello que se encuentra en la producción de Latorre, heredado de su modelo español.

Los elementos regionales de *Tipos y paisajes* y *Peñas arriba* son auténticos; tal autenticidad del escritor con el medio que describe se encuentra también en Latorre.

Valbuena 20 nos dice que Pereda confiesa poseer en el fondo de su corazón a Santander "y tenerlo esculpido en la memoria de tal suerte que a ojos cerrados se atrevería a trazarlo con todo su perímetro, y sus calles, y el color de sus piedras y el número, y los nombres y hasta las casas de sus habitantes". Otro tanto podría decirse de Latorre, pues es así como nuestro escritor siente su profundo amor hacia la tierra nativa y este sentir lo expresa en sus libros.

Silva Castro señala también la influencia de escritores ingleses como Dickens y Conrad, y la del norteamericano Bret Harte.

El estudio de las influencias literarias, sin duda, tiene valor crítico. Pero la erudición que es preciso poseer para semejante la-

bor, nos obliga a renunciar a tal tarea. De ahí que sólo hayamos señalado algunas en la obra de Latorre.

IV. CARACTERÍSTICAS DE SU NOVELA

a) *Ideas y sentimientos*

El propósito principal de la obra de Latorre, como lo venimos repitiendo en el curso del presente trabajo, es el de darnos a conocer el país entero. Por consiguiente, tiene un carácter algo así como cíclico y totalizador de la geografía chilena. Advertimos también en su producción una tendencia docente, como consecuencia directa de su propósito de enseñarnos a conocer el propio país y a interesarnos por lo nuestro. De modo que con tales ideas repetidas insistentemente a lo largo de toda su obra, se podría hasta formar un pequeño ideario de la idiosincrasia chilena, representada, en este caso, por descripciones del ambiente rural y de sus tipos campesinos.

En su obra advertimos también, aunque no expuestas con tanto relieve como las premisas anteriores, ciertas ideas de carácter filosófico-morales. Estas ideas son expresadas a veces directamente por el autor, y otras, por boca de sus personajes.

Dentro de tales ideas, podemos incluir el concepto que el autor tiene sobre *la vida*:

Hay que tomar la vida tal como se ofrece a nuestros ojos, sin saltar por encima del presente para hundirse en la inacción del recuerdo o soñar en la inseguridad de lo que ha de venir.

(*Ully*, p. 60)

Sobre la *Providencia*:

Pero la Providencia que a la larga no es sino la representación abstracta del modo de pensar del hombre, cuando logra colocarse en una alta cima moral, es bufona y desmedida como una pachotada de Sancho Panza.

(“Un hijo del Maule”, de *Cuentos del Maule*, p. 9)

Sobre la *fatalidad* (conceptos expresados por boca de la madre de Florinda, personaje del cuento):

Los guainas son como risqueras vanas, por juera parece que no hubiera ná, y aentro hay escondió un zorro.

(“Risquera vana”, de *Sus mejores cuentos*, p. 104)

Sobre la *civilización*:

La civilización, producto de lo más racional y sano que tiene el hombre, impide la libre expansión individual; un hombre que quiera romperlo todo, llevar como norma su santa voluntad, tendrá que chocar con mil redes sutiles y poderosas que lo obligarán a moldear su espíritu dentro de la razón. Los instintos, como los animales, es necesario mantenerlos en corral, de otra manera lo destruirían todo...

(“Orgullo ingénito”, de *Cuentos del Maule*, p. 103)

Sobre la *mujer*:

El alma de la mujer es siempre bella, por el solo hecho de ser mujer; y necesita convencerse en todo caso que su almá interesa al hombre: de otro modo no podrían entregarse...

(“El jilguero de Miss Eliot”, de *Cuentos del Maule*, p. 195)

(expresado por el personaje Don Zoilo, la mujer campesina:)

Harto diablo era cuando guaina y sé lo que son las mujeres. Por eso le encomiendo, On Zoilo, que guarde sus niñas, porque las mujeres no respetan ná, ni marío, ni paire...

(“Don Zoilo”, de *Cuentos del Maule*, p. 174)

(expresado por On Carmen, el huaso personaje de *Zurzulita*):

Aquí las mujeres son como hombres... Cuando les gusta un gallo lo convidan al tiro a andar en anca, pero Ud. s'hizo el leso... Mire, ñor, no s'iande con paraúras con las huertanas que son capaces e too...

(*Zurzulita*, p. 59)

Sobre el *matrimonio*:

Sentía, ante esta vida de esfuerzo, en el pasado y hacia el porvenir, el vacío de su existencia, la inútil pasividad de su juven-

tud; por último, era casado. Ni siquiera tenía derecho a remediar el error de su vida entera.

(*Ully*, p. 46)

Era un matrimonio más, otra unión infructuosa entre dos razas antagónicas que se miran frente a frente con visible hostilidad, sin irse a las manos.

(“La muerte del cuclillo”, de *Ully*, p. 137)

Sobre crítica social:

El hijo caballero, gastador, manirroto, había concluido, por deseo de abarcar demasiado, con el roto, con la fuerza viva del país, hoy sumido en la abyección del alcohol y de la esclavitud sin porvenir. En honor a las propiedades de unos cuantos oligarcas se moría de hambre un pueblo entero.

(“La cordillera es sagrada”, de *Sus mejores cuentos*, p. 256)

Nunca me cansaré de criticar la influencia perniciosa de ese genio exótico sobre las costumbres de mi tierra: ella ahuyentó a los marinos antiguos, mató a los guanayes y corrompió al pueblo bajo.

(“Un hijo del Maule”, de *Cuentos del Maule*, p. 33)

En la casa chilena, dismantelada y pobre como un campamento, no hay calor de hogar; el “gemuttich” germano con su aroma de tradición, no puede vivir en la desnudez de las paredes, en la falta de unión. El marido y los hijos viven en la calle; allí es donde la vida colectiva adquiere verdadera importancia. El hogar alemán es el fundamento de la vida social: cada cuadro, cada mueble, recuerda algún rasgo de la vida colectiva.

(“La muerte del cuclillo”, de *Ully*, p. 168)

Por ejemplo, Chile es un país que evoluciona hacia el industrialismo, estancado en una legislación agraria anticuada y sin vislumbrar ni un chispazo de su porvenir...

(“Whiskey and ginger ale”, de *Ully*, p. 168)

En Chile, aparecía un libro y la contestación era un libelo ponzoñoso de un escritor rival. Luego la mofa del público para quien el escritor joven es un ente ridículo y mísero que sirve a lo sumo para hacer reír a las gentes; mal endémico éste de la

payasada; en Chile se sufre del mal de pretender ser ingenioso y se cae comúnmente en la cuchufleta chabacana.

(“La canción perdida”, de *Cuentos del Maule*, p. 215)

Sobre *prejuicios raciales*:

Las razas, separadas en un comienzo por la diferencia de psicología, empiezan nuevamente a acercarse: el odio del chileno por el gringo enriquecido se ha cambiado en admiración, casi en concurrencia; el desprecio del germano por el nativo es ahora benevolencia porque se explica la causa de esa apatía y desorientación.

(*Ully*, p. 28)

...Pero esa sonrisa no favorecería a mi amigo de Kansas o me pareció repulsiva como una mueca, porque en ella vibraba un desprecio olímpico por el sudamericano, por el nativo, aunque me hablase poco antes con entusiasmo del arrojamiento de algunos rotos que ponían los cartuchos de dinamita en las brasas para quitarles la humedad...

(“Whiskey and ginger ale”, de *Ully*, p. 162)

La obra de Latorre contiene también sentimientos expresados como sigue:

A nosotros, los que sin inventar estudiamos los sentimientos, nos interesan más las almas que sufren, las almas cuyo quieto vivir es perturbado por alguna pena, herida espiritual que apaga el sol de la sonrisa y vela las pupilas con la niebla suave de la melancolía.

(“El jilguero de Miss Eliot”, de *Cuentos del Maule*, p. 195)

Dentro de los *sentimientos* podemos distinguir:

Sentimientos filiales:

Ahora sentía una libertad agradable que me volvía ágil el espíritu. Al pasar frente a la casa del abuelo experimentaba una emoción inesperada: una mezcla de cariño doloroso, un placer de sentirme libre para siempre de la vida instintiva y sucia de esa familia.

(“Un hijo del Maule”, de *Cuentos del Maule*, p. 49)

*El amor:*a) Como un romance espiritual en *Ully*:

Y en estas palabras germanas, pronunciadas por broma, hay una complicidad que los acerca.

(*Ully*, p. 39)

b) Como la expresión de la vida primitiva, brutal, salvaje. que hay en el alma campesina, hecha instintos:

En ese instante volvieron a desaparecer los recelos en el corazón de Florinda: el aliento cercano del mozo era un fuego devorador que consumía sus dudas, como las llamas los brazos reseco de los quillayes en los roces. Y Nicomedes, al estrujarla contra su cuerpo, no mentía. La soledad, el ruido, la muda solemnidad de la montaña convertían en ternura lo que antes era odio y malhumor.

La vida triunfaba de nuevo de las miserias y pequenezes de la bestia humana como en aquella lejana noche mitológica del Paraíso; y al unirse en un beso ardiente, sobrehumano, no eran un hombre y una mujer sino la raza humana en cuyo abrazo de amor duerme la semilla eterna de la vida, el grito gozoso de la especie.

("Risquera vana", de *Sus mejores cuentos*, pp. 110-111)

Al levantar sus manos para coger los cóguiles, las manos del macho la apresaron sorpresivamente por la cintura; ella no opuso resistencia como si presintiese el instante: una flojedad indomable dobló sus piernas y sin defensa ya, vencida por la fuerza masculina, se fué deslizando como una masa inerte por la lisura del tronco hasta que las bocas se buscaron torpemente y se mordieron con tan insensible furia que parecían más bien dos enemigos encarnizados que luchasen: un dulce gemido animaba la sonrisa que se había inmovilizado en el rostro, lleno, sin embargo, de una dicha inefable, detenida en los ojos extrañamente abiertos. Sus dedos crispados se retorcián entre los cabellos de Mateo o se aferraban ciegos a la madera del tronco en el que su carne herida se aplastaba sin compasión.

(*Zurzulita*, p. 124)

Sentimientos patrióticos:

Yo pude anotar este cambio brusco del modo de ser del pueblo a mi vuelta después de largos años de ausencia; vi con pena que

mi Maule adorado no era el mismo; y por eso Aquiles Eliot contó desde luego con todas mis simpatías; él sí que persistía tal como los antiguos maulinos, altivos, crueles, incansables nadadores y eruditos extraordinarios en el arte de navegar.

(“Un hijo del Maule”, de *Cuentos del Maule*, p. 19)

Esta riqueza de elementos que nos proporciona Latorre hace que sus novelas se lean con entusiasmo y con admiración hacia el escritor que ha valorizado nuestra tierra y nuestro sentir.

b) *Técnica literaria*

Mariano Latorre es, antes que nada, un escritor del campo chileno. Su adolescencia discurrió entre los paisanos. Conoce sus dolores y sus fatigas, la melancolía de los cielos grises, las gavillas de trigo en los días veraniegos. De allí, entre otras cosas, que el campo no representa en su producción un motivo cualquiera, sino que, por el contrario, es en Latorre una verdadera elección y hasta una vocación humana antes que una preferencia literaria. De allí también la espontaneidad, la consistencia, la realidad con que se presenta el elemento “campo” en su novela. Véase si no esta hermosa descripción tomada de “El triunfo del chey”, de su colección *Sus mejores cuentos*:

La raza campesina representábase allí en aquel momento: era la gracia del campo chileno, con sus bosquecillos en las quebradas, sus valles verdeantes, sus torrenteras sonoras y desatadas: la gracia variada de los paisajes, ya estériles y abundosos, ya elevados o perdidos en las rinconadas, ya enormes como las montañas o pequeños como miniaturas. Eran el cóndor y la diuca, el roble y el espino, el puma y el zorro, el copihue y la siempreviva: era la fuerza y la agilidad, la inquietud nerviosa de la pupila acostumbrada a todos los paisajes y el empuje del brazo habituado a todas las inseguridades.

(p. 210)

De su frecuente diálogo con la naturaleza extraerá su actitud de escritor frente al paisaje y el hombre de Chile: los describirá con minucia, con delectación, con regodeo. En actitud que podemos relacionar con el método de Azorín, se detendrá a darnos la noticia del nombre de un árbol, el dato de la peculiaridad del huaso,

el color de un arbolillo cualquiera encontrado en un recodo del camino. Tal familiaridad de Latorre con su paisaje determinará también la condición objetiva de su literatura. Ese será su defecto-virtud. En efecto, si la fidelidad con que pinta la naturaleza hace que en su obra el ambiente sea totalmente chileno, con el color, el aire del país; si todo tiene un sello de verdad debido a esa relación íntima con la tierra, ello también es la razón de que, apurando demasiado lo visible y externo chileno, se distraiga un tanto de lo subjetivo. Ese es uno de los aspectos que ha anotado la crítica chilena, entre ellos Silva Castro: 21 "Sus libros persiguen formar una especie de friso decorativo, en que se vayan mostrando, mediante iluminaciones parciales, los diferentes escenarios en que se mueve la vida chilena. No se debe buscar en la literatura de Latorre una emoción intensa ni un fuerte dramatismo. Hay algunos resortes literarios que no ha tocado y que al parecer no tocará jamás. No se puede pedir a un escritor tampoco que sea completo. Si la pupila del novelista se acomoda mejor a la visión del paisaje, si sólo ese espectáculo de la naturaleza aún no domada por el hombre mueve su pluma, preciso es tomar su literatura como la de un paisajista."

Esta observación de Silva Castro es muy acertada, sobre todo en lo que se refiere a sus primeros relatos. Sin embargo, y como el mismo Silva Castro lo hace notar, en *Chilenos del mar* Latorre insinúa una vuelta hacia el interés humano; evolución en su técnica literaria que se debe, según el crítico citado, a las lecturas de los escritores nórdicos por los cuales muestra una especial predilección. Esta evolución de la obra de Latorre acusa a la vez una mayor complejidad de recursos y una mayor oscuridad psicológica. En sus primeras obras, *Cuentos del Maule*, por ejemplo, sus relatos son más claros y más simples. El autor es un retratista fiel y exacto del mundo externo que lo rodea. Su exactitud es minuciosa. Ya en otra ocasión anoté su afición a pasar los veranos en el campo, acompañado de su libretita de notas, atento a cualquier detalle interesante. compone sus novelas, no las inventa. Trama, tipos, ambiente, son auténticos. Esta fidelidad es a tal punto exacta, que se cuenta la anécdota de que a la aparición de su libro *Cuentos del Maule*, Latorre se vió obligado a permanecer alejado, por un tiempo, de su provincia. Sus personajes eran tipos tomados de los pueblos de allí; cualquier persona de esa región al leer el libro se reconocía, o, por lo menos, identificaba la caracterización de tal o

cual vecino. Recuerdo ahora la frase de un amigo que decía: "Mariano le sacó los trapitos al sol a toda la gente del Maule; por eso no pudo volver por estos lados por un buen tiempo." Este detalle lo anoto, para acentuar la técnica en sus relatos: la veracidad de sus descripciones, la autenticidad de sus tipos. Fundamentalmente verídico, desdeña todo lo que no provenga de una bien entendida influencia española. No le ha dado cabida en su literatura a ningún diletantismo, por muy alta que sea la procedencia. Mientras muchos de sus colegas y coetáneos caían bajo el artificio de alguna moda que ya hizo época, en Latorre se ve siempre su insistencia, su claridad para percibir desde lejos el fin primordial de su arte: dotar a la novela chilena de todos los elementos de un arte auténtico, serio y trascendente.

El crítico que quiera captar la clave de la estética de Latorre tiene que insistir en su apego entrañable a la tierra chilena y a lo que brota o convive con esa tierra de serena belleza melancólica. Es la clave de su estética, porque el cariño al ambiente lo hará penetrar, no solamente en lo que está en primer plano, sino en su *pathos* mismo, en el aura del paisaje; en lo que un paisaje tiene de más íntimo, en la tensión dramática, en la tristeza o en la tragedia que adivinamos en él. Tal es la impresión que sentimos en "Salteadores de Chillehue", ese hermosísimo relato de acentuada nota de dramatismo rural:

Se metió entre los arbustos, abandonando el camino.

Crujían las ramas resacas de boldos y litres. Volaban torcos y tencas sin control, de un árbol a otro, presas del pánico. Unos corderos corrieron atropellados falda abajo, tronchando cardos secos. Sólo un buey negro, de ancas agudas y largos cuernos, rumiaba impasible, debajo de un espino.

La llamarada roja de los disparos me indicó el lugar preciso. Vi a un hombre emponchado. Como grandes alas negras se alzaban las haldas de la manta a cada disparo.

Oía gritos, ladridos, carreras que antes no advertí, en los intervalos del tiroteo. Mi amigo observaba todo esto con agudo interés, casi con una voluptuosidad malsana. No había en él ni compasión ni cólera. Sólo una curiosidad cada vez más viva.

(p. 118)

La autorizada opinión de Omer Emeth, el gran crítico francés radicado en Chile, al referirse a su autor en el prólogo de *Cuna de*

cóndores, dice que Latorre es un escritor para quien Chile existe verdaderamente. Y agrega: "En Chile no escasean los escritores; pero muchos de ellos viven en su país como si éste no existiese. Viven en su país sin darse cuenta de su propia vida ni de la ajena. No ven, ni oyen: leen solamente y explotan como si fuesen minas, sus lecturas. Chile, sin embargo, les ofrece una materia prima tan virgen como inagotable: sus cordilleras y sus mares, sus desiertos cuajados de tesoros y sus feraces campos, sus mineros, sus marinos, sus rotos, sus indios, su 'medio pelo' mismo, son fuentes eternas de vida original, de sensaciones novísimas y aun de una filosofía peculiar. Lo que falta aquí no es la materia: es el artista que sepa convertirla en belleza chilena."

Omer Emeth ve que, en este tesoro de Chile, Mariano Latorre ha escogido, para sus cuentos, el escenario de la cordillera chilena y ha descrito con maestría lo que padecen y gozan los naturales actores cordilleranos: el pastor, el arriero y el bandido. Omer Emeth dice:

"Mariano Latorre ha visto, lo que se llama visto, la cordillera, como pocos saben o pueden verla. Luchando con la cordillera, Mariano Latorre se ha hecho dueño de ella."

Por eso Luis Alberto Sánchez²² ha dicho repetidas veces que Chile entero deberá, región por región, algo a Latorre. La sierra, el puerto, la mina, el mar, le atraen profundamente. Cada libro suyo encierra descripciones perfectas de un ambiente. No es el costumbrista, es el retratista. Dentro de su técnica típicamente realista, desenvuelve el panorama integral de Chile.

El ciclo de novelas de Latorre se desenvuelve en etapas bien definidas: relatos del terruño maulino, relatos de tipo de epopeya cordillerana y relatos marítimos. En todos ellos ha pasado por la fase costumbrista, realista, con acento en lo criollo. De mero descriptor de nuestras costumbres, pasa a ser un intérprete de nuestra tierra, mirada objetivamente, pero mirada con una aguda perspicacia y sentido de profundidad. Se transforma en un visual, en un sensual del paisaje y el ambiente criollos. Al recorrer el campo chileno no deja de anotar nada de lo que hiera sus sentidos. Para ser más exactos, transcribimos a continuación el juicio crítico de Silva Castro:²³ "Su oído recoge el huac-huac del zorro, el tableteo de las alas de los pájaros, la corneta denunciadora de los queltehues; la vista, las masas de sombra de los bosques, dentro de los

cuales las notas rojas de las copihueras, el aleteo de las hojas más elevadas de los árboles, las manchas de luz en el suelo de los claros, los troncos despojados por el roce, en un campo negro por el fuego y teñido de blanco, a trechos, por la ceniza; el olfato también actúa para percibir la fragancia de las flores silvestres, el olor de la miel, el hálito fresco de los torrentes.”

Resumiendo estas características de la técnica literaria de Latorre, podríamos considerarla formada por los siguientes elementos:

1. Objetividad.
2. Arte de narrador.
3. Minuciosidad.
4. Inventario.
5. Fotografía.
6. Veracidad.
7. Visualidad.

Tales elementos se encuentran a lo largo de toda su producción. En sus veinticinco años de vida literaria, ha conservado Mariano Latorre la uniformidad en cuanto al propósito de su obra. Queda por esto unificada. La variación que se encuentra en su técnica está en las descripciones. Los párrafos largos, las descripciones extensas, minuciosas de *Zurzulita*, cambian en la frase corta, dinámica, de *Hombres y zorros*.

Tal objetividad en la técnica de Mariano Latorre ha sido comentada por la crítica chilena. Se le ha reprochado el poco ahondamiento de las almas de sus protagonistas, la falta de conflictos humanos en sus novelas. Todos estos argumentos se explican, sin embargo, por el hecho de que el novelista es ante todo un visual. El protagonista de sus obras está representado por un conjunto de cerros, caminos, bosques, ríos. Los hombres pasan por los relatos como relámpagos. No tienen relieve, no provocan la atención. En su producción se nota un desplazamiento total del hombre por la naturaleza. Sin embargo, en su libro *Chilenos del mar* hay ya un intento de interés humano (“El finado Valdés”); pero de éste hemos tratado en el capítulo de “Influencias”, porque tal cambio que se observa en su técnica se debe, en gran parte, al influjo de las lecturas de escritores extranjeros, como lo hace ver el crítico Silva Castro.

c) *Estilo*

Para emitir un juicio sobre el estilo de nuestro autor, otra vez nos vemos en la necesidad de recurrir al crítico literario Raúl Silva Castro, quien lo ha estudiado con detenimiento. En su libro *Cuentistas chilenos*, Silva Castro, al referirse al estilo del novelista, dice:²⁴ "En el estilo de Latorre, en general, han dejado huellas las lecturas de Pereda, de quien imita el apetito descriptivo, siempre excitado por la naturaleza." En efecto, la benéfica influencia de Pereda le ha dado a su estilo brillo, exactitud y ubicación territorial. Sin embargo, Pereda se queda en el provincialismo. Latorre se ve impelido a crearse un lenguaje, un estilo, junto con sus personajes, para darles vida en el arte. Se ve desde sus principios el afán de comunicar a su prosa una entonación épica. La proposición cadenciosa, de amplia sintaxis, tiende a expresar imágenes y cuadros para dar movimiento al relato. Sin embargo, esta tendencia de su estilo cambia a medida que se perfecciona en el relato corto. (*On Panta; Hombres y zorros.*) Hace limpieza de materiales accesorios, que abundan en las creaciones iniciales, hasta llegar a la forma adecuada del relato. Cada vez va dejando menos trecho al aspecto personal del novelista como personaje ausente y testimonial del relato. Su estilo se vuelve a las cosas, como en la fórmula pirandelliana, apretado de belleza y contenido. A veces el preámbulo es muy extenso, como en *La vieja del Peralillo*, en que se ve un alarde de riqueza de materiales, no inútilmente gastados por un puro virtuosismo de novelista, porque a cada paso hay el hallazgo de un matiz inédito que tiene la fuerza de un descubrimiento.

A menudo la crítica le ha acusado de su tendencia a la plasticidad, sacrificando el relato a la belleza del estilo, como un pintor frente al paisaje. Pero, ¿qué escritor no ha hecho lo mismo en América? Es un mal endémico. No se puede prescindir del paisaje como elemento de composición en estas novelas americanas, donde la naturaleza juega el doble papel de unidad de acción y personaje. El estilo de Latorre, enriquecido por un vocabulario de pura ascendencia española, trae a la literatura chilena el aporte de mil regionalismos que tienen posteriormente consagración en sus discípulos (Luis Durand, Lautaro Yankas, Juan Godoy, etc.).

Silva Castro²⁵ considera que el estilo de Latorre se ha distinguido, porque ha sido puramente narrativo. Dice que el autor no ha dejado jamás de tomar la palabra en reemplazo de los habitantes de su escena. Ha coartado la libertad de sus movimientos con las descripciones y narraciones y ha preferido contar la impresión que en él provocarían sus personajes a permitir que éstos sean los que directamente obren sobre el lector.

En opinión de algunos críticos, el estilo de Latorre es pesado, difuso y lento. Silva Castro dice sobre este punto que si su estilo trocara en vibración y sugerencia algo de lo que le sobra de aptitud enumerativa, sus obras se elevarían en categoría estética.

A pesar de los defectos señalados por los críticos, no se le puede negar a Latorre el mérito que tienen sus descripciones. El estilo es rico y denso de colorido. El vocabulario variado y expresivo y saturado de matices que le dan vida y color a sus narraciones.

V. VALORACION HISTORICA Y ESTETICA

La literatura de Latorre, desde sus primeros esbozos como cuentista hasta sus últimos ensayos de interpretación, tiene el valor de la constancia en los asuntos.

El paisaje, como se sabe, es una de las conquistas de la estética literaria más importantes de la escuela romántica. En las bellas letras nacionales se observa este mismo fenómeno artístico. Pero en las narraciones de los escritores chilenos el paisaje, muchas veces, tiene sólo un carácter episódico. En otras palabras, el escenario es pobre. Carece de color y ambiente. Los personajes son de cuando en vez pintorescos, pero no poseen relieve ni verismo. El huaso, el roto, vistos por el patrón, al través de interpretaciones muchas veces felices, regocijadas, tienen un sabor de historieta de Antonio de Trueba. Era sólo entonces una intentona para divertir al público santiaguino, con su pintoresco lenguaje y sus ardidés de vagabundo maltratado por la suerte, con algo de rabelesiano y de novela picaresca. Y en este sentido es, tal vez, el ensayo más completo, aquella comedia que llenó la escena santiaguina durante una década, *Don Lucas Gómez*.

Latorre lleva a la literatura todo el valor humano de nuestro campesino. Antes de que Rivera, Güiraldes y otros intenten la

obra que les consagra en seguida, Latorre lanza su novela *Zurzulita* en 1920, primera expresión extensa y completa de una novela total y absolutamente nueva en el campo literario chileno, creando personajes auténticos del pueblo y de la clase media, sin estilizarlos, dándoles la propia vida que tienen en su medio y haciendo sentir, por primera vez, una honda simpatía humana por su condición. Extrae, se puede decir de la nada, del marasmo primitivo en donde estaban en agraz, la legión de sus personajes, les da forma artística sin otro modelo que la naturaleza y el medio. Tiene que crearse un estilo. La América de aquel tiempo no era rica en modelos. El autor no tenía, pues, a su favor una conciencia, una sensibilidad dispuesta en el público que le iba a leer. Su tarea era doble: tenía también la misión de educar el gusto por las cosas de la tierra, extraviado por las influencias exteriores. Es por ello por lo que se puede considerar a Latorre como el creador de la literatura campestre de Chile.

La novela de la ciudad (Barrios, Edwards Bello, Alberto Romero, etc.), aunque más aderezada para un gusto internacional, no ha llegado todavía a la expresión social y auténtica que tiene la de Latorre. Su nombre es actualmente símbolo de una vida entera consagrada a la literatura; su tenacidad, su porfiada lucha por subsistir a la indiferencia de un público no educado hacia las cosas de la tierra y alimentado de lecturas europeas, le han dado el triunfo al fin. Ningún novelista chileno, después de Blest Gana, cuya temática es fundamentalmente novecentista, tiene realizada una obra más sólida, uniforme y lograda que el literato que estudiamos.

En efecto, en la opinión de la autorizada crítica de Ricardo A. Latcham, Mariano Latorre es el escritor más representativo que tiene Chile, por su cultura y por su obra literaria. Esta obra se valoriza dentro de la vida de las letras chilenas por un hermoso retrato del paisaje y del hombre nativos; tiene también una especie de carácter cíclico y totalizador de la geografía nacional. Cada zona de Chile le debe algo a este hombre enamorado del paisaje nuestro. Parece que Latorre ha querido captar con su cariño de escritor y su talento narrativo al país en que naciera. *Chilenos del mar* nos presenta una serie de cuadros de la vida marítima criolla; *Cuna de cóndores* nos revela la cordillera inmensa, la montaña que empequeñece al hombre; *Uly* es una deliciosa acua-

rela del Lago Llanquihue, en cuyas aguas de un azul intenso se bañan las moles diáfanas de los volcanes y donde se desenvuelve un cuento de amor ingenuo y transparente como una brisa del lago. Latorre descubre el río Maule, el río de las nieblas, en el lenguaje araucano, e inicia en su libro *Cuentos del Maule* los primeros pasos de ese criollismo campesino que le llevará más tarde de la cordillera al mar, en un viaje inacabable de descubridor de temas y paisajes. En cada rincón del territorio adonde le lleva su curiosidad, encuentra los puesteros, los bandidos cordilleranos, los guanayes del río Maule, el encanto de los paisajes desconocidos o bien las epopeyas solitarias que se desenvuelven entre los ásperos picachos andinos.

No se podrá hablar de Chile en el futuro, dice Luis Durand, 26 sin que se tenga que recurrir en consulta a Latorre, uno de los historiadores y descriptores más hondos de sus calladas epopeyas y de su imponente naturaleza.

Por eso creemos que nuestro esfuerzo por intentar un estudio de su vida y de su obra será compensado por la idea de que hacemos justicia a un hombre cuya preocupación constante ha sido en todo momento su propio país, observado con minuciosidad escrupulosa de escritor. Para mayor comprensión de la obra literaria de Latorre y su significado y valor en las letras chilenas y en Hispanoamérica en general, citaré a continuación algunos juicios críticos.

Raúl Silva Castro dice en *Retratos literarios*: 27 "Mariano Latorre es un escritor dotado de gran laboriosidad, que ha puesto al servicio de su obra literaria condiciones de paciencia y de tesón. Sus libros no aspiran a ser un canto lírico, ni siquiera un libre comentario de la vida chilena. Son más bien un fiel espejo de la naturaleza contenida entre la montaña y el mar, el desierto tórrido del norte y las frías estepas e islas del sur."

David Perry, 28 en un artículo de crítica literaria, dice: "Mariano es uno de los más completos escritores regionales, un prosador vibrante, sobrio y preciso, que siente la alegría de ser unos ojos frente al mar y frente a la tierra."

Julia García Gámes afirma: "Pocos autores en Chile han alcanzado un triunfo tan definitivo, pocos han podido llevar seguro su arte y sentirlo con certidumbre halagadora." 29

El juicio del gran crítico literario Omer Emeth (Emilio Vaisse) en su "Prólogo" de *Cuna de cóndores*, es: "Los antiguos solían enseñar que en literatura no se trata de escribir cosas nuevas, sino de dar novedad a las cosas antiguas: *non nova, sed nove*. Mariano Latorre ha obedecido a la regla tradicional escribiendo con novedad sobre lo más antiguo que hay en Chile: sobre la cordillera de los Andes."

Ahora se le reconoce la calidad de un artista, de "un precursor joven", como lo dijo Hernández Catá, escritor y malogrado diplomático cubano. En su obra hay una enseñanza para las generaciones jóvenes y da forma en nuestra literatura, desde 1910 hasta el presente, a un acento especial, a una escuela, a un gusto, a una época, a un intento sobre el cual se discute, pero que permanece como una verdad literaria de honda validez estética y de auténtica condición emocional chilena y humana.

(Continuará)

MAGDA ARCE

- 19 Valbuena Prat, *Historia de la literatura española*, p. 728.
- 20 *Historia de la literatura española*, p. 748.
- 21 *Retratos literarios*, p. 123.
- 22 *América, novela sin novelistas*, p. 206.
- 23 *Cuentistas chilenos del siglo XX*, p. 19.
- 24 *Cuentistas chilenos del siglo XX*, p. 19.
- 25 *Retratos literarios*, pp. 122-23.
- 26 *Hombres de la selva*, *Atenea*, octubre 1933, p. 120.
- 27 *Retratos literarios*, p. 124.
- 28 *Atenea*, mayo 1938.
- 29 *Cómo los he visto yo*, p. 136.

